

Dialéctica, fuerzas productivas y emancipación. Acerca de las potencias emancipadoras del conocimiento científico

Dialectics, productive forces and emancipation. On the emancipatory powers of scientific knowledge

Jesús Rodríguez Rojo

Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, Sevilla, España

jesusrojo@gmail.com

Recibido: septiembre de 2023

Aceptado: octubre de 2023

Palabras clave: Conocimiento científico; dialéctica; marxismo

Keywords: Scientific knowledge; dialectics; Marxism

Resumen: el presente artículo se pregunta por el papel progresivo que, en los procesos de cambio social, pueden jugar los avances técnicos y científicos. Para hacerlo, se apoya en la crítica marxiana de la economía política. Desde ella, se evalúa la pertinencia de entender el conocimiento dialéctico como un elemento necesario en todo proyecto de transformación que aspire a la superación del modo de producción capitalista. Todo ello sobre la base de que, si se aspira a superar un tipo de organización enajenada del metabolismo social, es fundamental reconocerse plenamente en las determinaciones de la propia acción.

Abstract: This article questions the progressive role that technical and scientific advances can play in the processes of social change. To do so, it draws on the Marxian critique of political economy. From this perspective, it evaluates the relevance of understanding dialectical knowledge as a necessary element in any transformation project that aspires to overcome the capitalist mode of production. All this on the basis that, if one aspires to overcome a type of alienated organisation of social metabolism, it is essential to recognise oneself fully in the determinations of one's own action.

La tecnología, producto más genuino del conocimiento científico, no debería ser analizada como una suerte de factor externo, o de contexto o medio, en el que se desarrollan las relaciones entre las personas. Al contrario, es un producto de estas mismas relaciones sociales que componen la realidad en la que como humanos inscribimos nuestra acción. En el presente texto se trata de desvelar el modo en que se articula el despliegue tecnológico en el seno del régimen productivo capitalista, especialmente en lo referido a la posibilidad de superar este último.

1. El desarrollo de la clase obrera y las fuerzas productivas bajo el modo de producción capitalista

El ser humano dispone, como atributo genérico, de la capacidad de apropiarse de su entorno de un modo consciente y voluntario¹. A diferencia de cualquier otro animal, ha demostrado ser capaz de planificar el proceso a través del cual satisface sus propias necesidades. Estas facultades son el producto de un trabajo sobre su entorno, y sobre sí, que se extiende al menos a muchos milenios de evolución; como hubiera dicho Engels (1978, p. 138): “el trabajo creó al hombre”, y no al revés. El ser humano, colectivamente, como ser social, se ha producido a sí mismo mediante la transformación de lo que le rodea². Este proceso no se ha detenido, más bien todo lo contrario: se ha

acelerado. No puede negarse que ha sido en los últimos cientos de años cuando se ha disparado abruptamente su capacidad para transformarse a sí mismo y al medio en que vive. Todo ello, claro, sin que podamos constatar cambios significativos en nuestro genoma. No parece osado poner en relación este cambio con la irrupción de una nueva forma de organizar el trabajo social: el modo de producción capitalista. Será bajo la égida del capital que la humanidad consiga expandir su conciencia a lo largo de la legalidad interna e inherente a los procesos en que se inscribe. Este hecho, la mediación capitalista, no es un detalle menor que se pueda soslayar.

Aunque podría pensarse que la humanidad está pasando por su época dorada, al menos en el sentido en que es capaz de gobernar como nunca sobre su entorno –hay quien habla del “antropoceno” (cf. Saito, 2022)–, si prestamos atención al desarrollo concreto de sus potencialidades, veremos que no es ella la que está pilotando esta transformación. Nosotras, en tanto que personas, no somos más que pasajeros en un frenético viaje cuya trayectoria no podemos alterar. Tempranamente Marx ya advertía que, a los productores, su fuerza se les muestra “como un poder ajeno, situado al margen de ellos, que no saben de dónde procede ni a dónde se dirige y que, por tanto, no pueden ya dominar” (Marx y Engels, 2014, p. 28). Lo peculiar de la etapa histórica en la que nos encontramos es que no son los hombres los que comandan la producción social a través de vínculos de dependencia personal (como pudieran ser la esclavitud o el vasallaje), sino que tal tarea ha sido delegada en los productos de su propio trabajo, que asumen la forma de mercancías. Trocamos la servidumbre hacia las personas por la subordinación a los obje-

1 Este apartado adapta algunos elementos presentes en Rodríguez Rojo (2021b).

2 Acerca de esto resulta de un gran interés la noción de trabajo como “posición teleológica” desarrollada por Lukács (2004).

tos. Hemos cedido la capacidad de dirigir nuestras propias capacidades a una lógica impersonal de dominio, la del capital. Una dinámica social enajenada del albedrío de sus presuntos protagonistas que únicamente responde inmediatamente a un estímulo, el de la valorización, toma las riendas del destino de la humanidad. Es en la desenfrenada carrera por generar valor que se justifica y promueve con vigor el despliegue de la capacidad productiva del trabajo.

El capital social requiere incrementar la tasa de explotación de sus obreros para así concentrarse en mayor grado. Para conseguirlo puede, o bien aumentar la jornada de trabajo, lo que lleva aparejada una lógica resistencia por parte de la clase obrera, o bien reducir el valor de los medios de consumo de los trabajadores. De cara a implementar esta segunda –y más potente– vía, debe acrecentar incesantemente la productividad del trabajo en las ramas que los producen. Este proceso, al que llamamos producción de plusvalía relativa o “subsunción real del trabajo al capital”, hoy tiene lugar movido por la competencia generalizada que involucra al conjunto de capitales individuales en una marejada en la que, para mantenerse a flote, deben aplicar diferentes formas para incrementar la productividad de su plantilla. Cada capital debe, por mor de su propia supervivencia, llevar a cabo una frenética revolución de las condiciones de trabajo, que comienza por la coordinación, más tarde pasa por la división manufacturera del trabajo y, finalmente, desemboca en el empleo de la maquinaria³. Cada paso en este sentido redundará en una mejora de las pautas generales para

la consecución de plusvalía abaratando el precio de los bienes que abastecen a una clase obrera cada vez más masiva y diversa. Esta es la forma en que se desarrollan las fuerzas productivas bajo el imperio del capital: no se procura la optimización de la apropiación de la naturaleza más que para conseguir plusvalía.

Siendo esta la razón que mueve el metabolismo social, es de esperar que lo que podría ser motivo de regocijo general para la humanidad se muestre en ocasiones como un verdadero tormento. La revolución de las condiciones productivas segrega, al menos por ahora, a los obreros entre quienes tienen la capacidad de planificar y dirigir la línea de producción, quienes son meros apéndices de los utensilios que utilizan y quienes solo están de más en el proceso productivo, colocándolos como desempleados. A unos les convoca a ocupar el lugar histórico de la clase capitalista, cuya función acaba por ser únicamente parasitaria al propio capital, de cuya acumulación detrae fondos para su propio consumo; mientras, otros son condenados a la condición de población sobrante. Al tiempo que deposita sus más progresivas potencialidades en una parte de la clase obrera, el capital martiriza y hasta aniquila otra. Esta contradicción que porta consigo no niega el desarrollo de las fuerzas productivas, todo lo contrario, es la forma concreta en que este tiene lugar. Lo que se refleja en la clase obrera no es otra cosa que la contradicción fundamental del modo de producción capitalista, aquella que puede acabar por superarlo.

Solo el propio desarrollo capitalista es capaz de llevarlo hasta sus límites históricos. Producir plusvalía es el acicate que lleva al sujeto rector de nuestra vida a degra-

³ Es en ella donde, dirá Marx (1980, p. 364), “toma cuerpo la ciencia realizada como capital”.

dar progresivamente las premisas de su existencia. El permanente desarrollo de las fuerzas productivas demanda sin cesar el perfeccionamiento de la capacidad de identificar las leyes que rigen sobre la realidad en la que nos insertamos. No es casualidad que el conocimiento científico sea un producto específico de la sociedad capitalista, aquella en la que es preciso rasgar los velos que mantenían la conciencia del productor alejada de la aprehensión de su legalidad. Para valorizar el capital (aumentar la productividad, crear o atender necesidades, etc.), se hace necesario reconocer las pautas que nos vertebran y que rigen a nuestro alrededor. El modo en que se atiende esta demanda es a través del despliegue de los atributos productivos de la clase obrera. Algo que hoy vemos concretarse en algunos de los órganos ya mencionados del obrero colectivo. Sin embargo, el colapso real del modo de producción capitalista lo que exigiría es una expansión todavía mucho mayor de la conciencia productiva, y no de una sola porción de la clase obrera, sino que la incumba en su conjunto⁴. Es este el camino al que apuntaría la mejor de las fantasías del capital: un proceso preciso, certero, en que no haya trabajo social desperdiciado. En definitiva, una gestión consciente del metabolismo social. Lo paradójico, donde reside la contradicción fundamental, es en que, si la producción es verdaderamente consciente, no puede ya ser enajenada ni, por ende capitalista.

4 Este proceso debe pensarse inserto en un proceso conflictivo, en el que la lucha de clases juega un papel central. Específicamente en su forma política y relación con el Estado como forma política del capital social. No obstante, desplegar estas determinaciones escapa con mucho a los objetivos y alcance de este documento. Para un acercamiento general a esas facetas del desarrollo, véase Rodríguez Rojo (2021a, cap. 1, 2023)

El pleno despliegue de las potencias del capital equivale a su disolución.

Para que esta dinámica se consume, para que lleguemos a este puerto, no es suficiente con distribuir el conocimiento ya alcanzado. Ni siquiera continuar avanzando por la senda dominante, hasta ahora trazada. Hay que producir un conocimiento que no se detenga bajo las apariencias que propicia el modo de producción capitalista para las necesidades inmediatas y actuales de la acumulación. A este tipo de conocimiento, a falta de un nombre mejor, nos referiremos como “conocimiento dialéctico”.

2. El camino hacia el conocimiento dialéctico y sus escollos

El método dialéctico no es más que un despliegue del científico, siendo en todo caso el “resultado del trabajo científico, un producto de la experiencia acumulada, racionalizada y probada por la humanidad, en el curso histórico del desarrollo de la ciencia” (De Gortari, 1970, p. 41). No obstante, la dialéctica en tanto desarrollo del método científico, se diferencia ampliamente de muchas de sus otras expresiones.

Lo que caracteriza el método de conocimiento dialéctico es la indistinción que establece entre sí mismo y el objeto de referencia. En términos filosóficos, se dirá que funde entre sí la ontología y la epistemología. En palabras del propio Hegel (1982, p. 71), el “método no es nada distinto de su objeto y contenido, pues es el contenido en sí, la dialéctica que el contenido encierra en sí mismo, que lo impulsa hacia adelante”. Tal vez simplificando en

demasiá podríamos plantear que el método dialéctico implica reconocer en la conciencia humana la potencia de aprehender –y, por ende, aprehenderse en– la realidad en que se inscribe. Parafraseando a Hegel (1975, pp. 51-52), puede decirse que el problema no reside en llevar la razón desde fuera a los problemas, sino, y ese es papel que la ciencia tiene asignado, en identificar la racionalidad que está ya en ellos. A decir verdad, está en todo: el ámbito en que se desenvuelve la razón dialéctica es siempre el de la totalidad orgánicamente integrada⁵. Es en el todo donde se haya la razón, una que debe comprender el estado actual de las cosas, pero también sus potencias. Por ello no es ni puede ser armónica, sino siempre contradictoria, atravesada, y lo que es más, constituida por conflictos que la llevan a negarse sucesivamente.

En estos asertos se encierra todo lo que resulta inasumible para las formas de conocimiento dominantes inclusive en el ámbito científico, atrapadas frecuentemente entre el positivismo de corte empirista, el formalismo kantiano y diversas vertientes del irracionalismo. En sus muy distintas versiones, la dialéctica trata de hacer imponer el pensamiento “mediato”, frente al inmediato (Campanario, 1983, p. 29); trascender la “pseudoconcreción” atendiendo a la totalidad (Kosik, 1968, p. 33); no ir “de concepto a concepto” o de “teoría a teoría”, sino “de la vida vivaz a la vida vivaz” (Bosenko, 2018, p. 135). En definitiva, y sobre todo, la dialéctica aspira a dejar atrás las representaciones lógicas, empecinada en interpretar exteriormente,

⁵ Marx (en Marx y Engels, 1983, pp. 151-152) dirá: “la ventaja de mis escritos es la de que constituyen un todo artístico [...] un conjunto ordenado dialécticamente”.

valga la redundancia, a través de la reproducción ideal de la realidad (Iñigo Carretera, 2013, cap. 7).

Aquí trataremos únicamente de exponer algunos movimientos de la conciencia científica, acaecidos principalmente en Francia en la segunda mitad del siglo XX que, consideramos, pueden mostrar perfectamente lo huidiza que puede llegar a ser razón dialéctica. Si nos decantamos por ese periodo y los autores que traeremos a colación es porque ellos, a diferencia de la aplastante mayoría de quienes producen conocimiento científico, sí se preguntaron de un modo más o menos sistemático por las determinaciones de su propio modo de conocer. El clima de discusión –por razones que no vienen al caso– favoreció el florecimiento de las algunas perspectivas y nociones todavía hoy muy presentes.

Nuestro acelerado camino bien podría empezar por Sartre. En concreto, en su descarnada crítica a la dialéctica materialista soviética, el “diamat”. Este, asegura, había separado la doctrina de la práctica, de modo tal que “esta se transformase en un empirismo sin principios, y aquella en un Saber puro y estancado” (Sartre, 1982, p. 931). La dialéctica se había clausurado en manos de los comunistas, en ella el hombre había quedado reducido a un ejecutor de leyes ajenas a él, como si de un mero objeto se tratase y, como tal, pudiera ser comprendido del mismo modo que la física comprende la precipitación de los objetos. Su remedio a esta cerrazón sería el existencialismo, cuya función radicaría en recordar al marxismo la centralidad de la persona y del “acontecimiento” en la historia, la permanente existencia de un “desequilibrio”, en definitiva, que el hombre no por alienado o mistificado deja

de ser hombre. La libertad inherente a lo humano, en definitiva, sería un obstáculo insuperable para la dialéctica esclerotizada y la razón de ser del bálsamo existencialista. Todo ello dicho, no lo olvidemos, por boca de uno de los intelectuales más reconocidos en su propio tiempo, cuya sombra se proyectaba en un clima cultural que ambicionaba revolverse de las fatigas del humanismo.

El autor clave en esta coyuntura fue Lévi-Strauss, quien ya había podido intercambiar alguna crítica y réplica con el propio Sartre. Apoyado en Durkheim y Mauss, pero especialmente inspirado por el curso de lingüística de Saussure, este antropólogo alcanzó a proponer un modo de encarar el conocimiento científico tan aparentemente rompedor como profundamente continuista. Del mismo modo que los lingüistas separaban el habla de la lengua y se centraban en esta última, inmune en su estudio al de la historia o la injerencia de otras disciplinas, sería posible aislar en otros ámbitos sociales el acontecimiento de la estructura (Lévi-Strauss, 1987, pp. 34-35)⁶. Así vio la luz lo que se conocería bajo el oscuro rótulo de estructuralismo. El ser humano debía interesar a la conciencia científica únicamente por cuanto encaja en un esquema formal, esto es, por cuanto no es singular

⁶ Lo que Saussure hizo en la lingüística no fue nada muy distinto de, por ejemplo, lo que hizo Kelsen en el derecho: instaurar, mediante la abstracción, un ámbito de estudios propio y separado de los aledaños. Una práctica que seguramente fue inaugurada antediluvianamente por la matemática, en la cual se inspiró Jakobson para dar robustez al estructuralismo lingüístico. Por ello, tal vez, toda crítica al conocimiento científico debe partir de, o al menos contemplar en su despliegue, una crítica a la matemática (vid. Iñigo Carrera, 2013, cap. 8).

y no es histórico. De hecho, la tendencia fue a no dar cabida a singularidad o historia alguna en sus corpus de análisis (ambas cosas fueron planteadas con claridad en diferentes momentos de la obra de Foucault). No es casualidad que esta estela surgiera la todavía muy influyente obra de Althusser, gran parte de cuyo trabajo se enfocó en purificar a Marx de la influencia Hegeliana.

El estructuralismo también se fue haciendo vulnerable a su propia crítica, más o menos inmanente. Es el caso del giro lingüístico que trajo consigo la no menos abstrusa etiqueta de postestructuralismo. Este último acabó por cerrar el círculo no ya reconociendo la impenetrabilidad del conocimiento científico en lo real, sino renegando de cualquier noción de objetividad. No se trataba ya de decir que el ser humano estaba “descentrado”, como decía Althusser (1970, p. 41) leyendo a Copérnico, Marx y Freud; más bien de constatar que no existe un “centro”, como asegurará Derrida (1972). La aspiración a un conocimiento objetivo fue progresivamente identificándose con formas de autoritarismo valiéndose, por ejemplo, de la noción de poder y su relación con el “saber” (Foucault, 1990).

En su deriva, la conciencia científica gala atravesó diferentes momentos, en cada uno de los cuales se cercenó por diferentes vías la razón dialéctica. Tratando de escapar de una caricatura de un “diamat” ya de por sí burdo, Sartre trazó una casi insondable barrera entre lo humano y el resto de lo real, naturalizando así todo lo no humano. Al mismo tiempo esculpió en la esencia misma del hombre la plena contingencia. En busca de certezas, el estructuralismo fue restringiendo cada vez más su objeto de estudio y así asumiendo

con las premisas del *mainstream* científico. La reacción a ello no fue el retorno del humanismo, sino la abominación por igual del conocimiento científico y la historia. Con tal de escapar de una historia lineal-progresista e hipostasiada de la que el mismo Hegel (1975, p. 52) había recelado y que Marx y Engels (2013, pp. 104-105) habían ridiculizado, se echó mano del irracionalismo genealogista nietzscheano. Paradójicamente el campo de la realidad se reunificó, llegando a quebrantarse la separación entre lo natural y lo social⁷, pero justamente no como un único espacio de desarrollo del conocimiento científico, sino como multiplicidades de instituciones coercitivas. De hecho, es llamativo que autores como Deleuze y Guattari (1985) o Haraway (2020) recurran a la máquina y lo mecánico, en lugar del cuerpo y lo orgánico, como forma de encarar y transformar lo que nos rodea.

3. Trabajo, conocimiento, tecnología y emancipación

Pese a que el carácter “teórico” o “aplicado” –representativo en ambos casos– de la ciencia va, con su expansión, agotando su papel histórico en el desarrollo de las fuerzas productivas, su impacto sobre el proceso de trabajo social es indiscutible.

7 El “diamat”, a diferencia del “marxismo occidental”, había también roto esta barrera y realizado aportaciones interesantes al respecto (cf., v. gr., Alexandrov, 1982); muy frecuentemente, eso sí, desde un marco en ocasiones excesivamente rígido (así lo denuncia, desde la misma Alemania oriental, Havemann, 1967). Una de las posibles excepciones estaría en el campo de la psicología, en el que discípulos de Vigotski como Leontiev o Luria consiguieron realizar aportaciones que bien merecerían ser recuperadas.

Gracias a él, el capital ha conseguido revolucionar en muchos sentidos el modo en que la humanidad satisface sus necesidades, y no hay visos de que tal movimiento vaya a detenerse: ni siquiera los límites físicos del planeta, que sin duda podrían comprometer la forma en que nos reproducimos, deberían contener el despliegue del conocimiento científico. Así como los recursos se les muestran sempiternos a los economistas neoclásicos, así también el conocimiento les parece inagotable. La conciencia objetiva, científica, está configurada en el modo de producción capitalista, que le da razón de ser, para saberse siempre insuficiente. Como dicen y repiten los libros de texto de filosofía de la ciencia: la verdad es enemiga de la certeza; el o la científica debe siempre, y por encima de todo, ser autoconsciente respecto de los límites del alcance de su saber. El modo en que se produce el conocimiento científico lo compele a tomarse siempre como incompleto, lo que usualmente es planteado –y aquí encontramos lo profundo que ha calado el irracionalismo– como la imposibilidad de adecuarse plenamente a la realidad. Aun así, insistimos, hay que reconocer que, incluso en sus formas más abstractas, el conocimiento científico imperante ha abierto puertas que la humanidad apenas sabía que existieran.

Este proceso de desarrollo de las fuerzas productivas tiene lugar, digámoslo una vez más, como parte del metabolismo social capitalista. Esto implica que no se puede abstraer las brutales consecuencias que esto acarrea para buena parte de la sociedad: especialmente para la clase trabajadora. Al tiempo que, con el avance tecnológico, crece la población obrera sobrante, el trabajo, aunque no de forma general (como pensó Braverman, 1974),

se va degradando. Afrontar, y enfrentar, este hecho es uno de los mayores retos de nuestro tiempo.

En los últimos años se han sucedido los intentos de escurrir o patear el problema. En un contexto de auge de las tecnologías de la información y la comunicación, algunos dieron el trabajo por muerto (Offe, 1985; Rifkin, 1995), otros se han esmerado en plantear un proyecto político que lo matara (Grupo Krisis, 2002; Black, 2013). Claro que estas propuestas incorporan elementos importantes: pocas luchas hay tan justas y potentes como la que aspira a limitar la jornada laboral. No obstante, es importante no confundir –y en estos casos se hace, pareciera que deliberadamente– el trabajo como determinación genérica humana con su forma privada de realizarse. La mecanización, como también la digitalización o la hoy en boga robotización, trae consigo la miseria de muchos trabajadores, pero también nuevas posibilidades para la humanidad. Por ello, ciertos intelectuales románticos han visto en las propias tecnologías un peligro que contener y hasta que revertir; otros, desde el trotskismo al aceleracionismo, se preocuparon por cómo desarrollarlas más incluso de lo que el capital puede. No vamos a detenernos ahora en estas discusiones (para ello, véase Rodríguez Rojo, 2021b). Tan solo apuntaremos que nuestro objetivo es escapar de cualquier tentación unilateral, es dejar de lado la división entre “factores objetivos” y “subjetivos” y no escindir lo presuntamente “bueno” de lo “malo” del desarrollo tecnológico.

Es bien cierto que no se pueden abstraer las condiciones productivas de las tecnologías presentes. Si el capital ha logrado no ya doblegar, sino producir el tiempo y el espacio, así como también la subjetivi-

dad de los individuos que los surcan, es a través de dispositivos que van del reloj a la pantalla pasando por el asfalto⁸. No obstante, peor sería el riesgo de abstraer los descubrimientos o inventos de las condiciones de producción que los engendraron. Bajo el modo de producción capitalista, el desarrollo técnico-científico es propulsado por el incentivo que constituye la mejora o sostenimiento de las condiciones de producción de plusvalor. A razón de esto, nuestra tarea debería consistir fundamentalmente en inspeccionar tal desarrollo en busca de las potencias que lo empujen hacia su superación.

Dentro del estado actual de desarrollo de las fuerzas productivas no resulta descabellado plantear la posibilidad de realizar el que siempre fue el núcleo del proyecto socialista. Se trata de poder organizar, no solo colectiva, sino también democráticamente la producción y reproducción de la vida social. Esta no sería otra que la materialización del horizonte político republicano, a saber, llevar la ciudadanía más allá de los límites impuestos por la propiedad privada (Rodríguez Rojo, 2020b, 2021a, cap. 3, 2023). Los “socialismos reales” del siglo pasado encontraron grandes impedimentos a la hora de recopilar, integrar y procesar la información que haría falta para planificar sus economías nacionales (expresados, frecuentemente, en el plano político, como cortapisas burocráticos). Gracias a los modernos sistemas de gestión de la información, se va desbrozando la senda que trataron de recorrer los

⁸ Entre las tecnologías introducidas por el capital, Marx (1981, p. 151 y ss.) destaca la pólvora, la brújula y la imprenta: “La pólvora disuelve la caballería, la brújula abre el mercado mundial y crea las colonias, y la imprenta deviene el instrumento del protestantismo y, en general, del despertar de la ciencia”.

comunistas históricos. Es conocido que las grandes empresas recogen y asimilan nuestros datos, previendo incluso nuestras preferencias y, claro, incidiendo en la producción de nuestros deseos. Estos procesos están alejados de cualquier marco de soberanía y funcionan para el beneficio del capital privado. Lo que planteamos es reapropiar algunos de esos medios, potenciados, pero también sometidos a la autoridad política, para la construcción de una república democrática desarrollada. En este punto, encontramos grandes coincidencias con el llamado “ciber-comunismo” (Cockshott and Nieto, 2017; para una crítica, creemos, constructiva: Rodríguez Rojo, 2020a).

La constitución de una república que funcione como mencionamos podría ser el entorno adecuado para la proliferación de un “trabajo científico general” (Marx, 1972, p. 222) entre el conjunto de la población, de la clase obrera. Uno que, para reconocerse plenamente en el funcionamiento del metabolismo social desborde las barreras que le impone la representación, esto es, que tome la forma de conocimiento dialéctico.

4. Para una conclusión política

La pulsión por identificar ciencia con represión, institución con cadenas y modernidad con despotismo sigue todavía hoy presente entre las discusiones políticas contemporáneas. Los ejemplos podrían ser muchos y diversos, sin embargo, de nuevo, por ceñirnos a las pautas de extensión que requiere el formato en que nos expresamos, nos limitaremos a un

ejemplo que, por extremo, puede ser muy ilustrativo.

Lejos de Francia, pero en los mismos años 70 del auge y declive del estructuralismo, escribía Iván Illich. Buena parte de su prolífica obra es una crítica mordaz a las certezas institucionales modernas. En su trabajo puede encontrarse un sugerente y provocador embate contra la educación, la medicina o el automóvil (una síntesis puede verse en Illich, 1978; y una pertinente crítica en Gintis y Navarro, 1975). En la articulación de su pensamiento, se han formado una serie de “monopolios radicales” sobre el saber, la salud o el transporte que son ejercidos por la casta profesional y universitaria. La solución pasaría por romper los monopolios, retomando los legos su soberanía y arbitrio sobre sí mismos, recuperando para sí lo que las tecnocracias profesionales les han arrebatado. Esa ruptura, sin embargo, como deja patentemente claro en el caso de la medicina, no pasa por algo así como la “profesionalización del paciente”, sino más bien por el uso de ley para “restringir y desestabilizar su monopolio para decidir lo que constituye una enfermedad, quién está enfermo y qué habrá de hacerse por esa persona” (Illich, 2020, p. 279). Aquí subyace implícito el elemento que de mayor interés nos resulta.

El potencial que tiene la efectivamente necesaria subversión de la elitización de la ciencia se esfuma en la articulación que propone Illich. Lejos de plantear como acción política revolucionaria la profundización del conocimiento científico, a través de la dialéctica, y su extensión entre toda la población trabajadora; el autor de origen polaco se contenta con clamar por la recuperación de un abstracto derecho a la salud –o al transporte, etc.– frente al

“mito” que constituiría la ciencia (Illich, 1978, pp. 116–120).

Una estrategia política materialista y dialéctica, al contrario que aquellas de carácter romántico como la que confrontamos, debería partir del conocimiento sobre la realidad de la que los actores participan. El desarrollo de las fuerzas productivas, como coagulación en este caso del trabajo científico pretérito, debe marcar la pauta de una acción de corte político, como se indicó más arriba, que reúna la condición obrera y ciudadana sobre el conjunto de la población global. Solo podría ser este sujeto el que pueda estar llamado a portar una conciencia dialéctica que se expanda y extienda hasta alcanzar la libertad en el sentido en que apuntó Engels (1975, p. 139) leyendo nada menos que a Hegel, esto es, como conciencia de la necesidad. Será a partir de ahí, al demostrarse la historicidad del mismo conocimiento científico al alcanzar su culmen y dar paso a otra cosa, cuando caerá el velo que hoy mantiene tendido la propia organización privada del trabajo social. Solo entonces podremos contradecir aquella máxima marxiana de que “No lo saben, pero lo hacen” (Marx, 2017, p. 125), para afirmar que, por fin, “Lo saben, y por eso lo hacen”.

5. Bibliografía

- Alexandrov, A. (1982) ‘Interconexión de las ciencias naturales, técnicas y sociales’, *Ciencias sociales*, 1, pp. 11–16.
- Althusser, L. (1970) *Freud y Lacan*. Barcelona: Anagrama.
- Black, B. (2013) *La abolición del trabajo*. Lobreño: Pepitas de calabaza.
- Bosenko, V. (2018) *El proceso de formación de la teoría*. Quito: Edithor.
- Braverman, H. (1974) *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century*. New York: Monthly Review Press.
- Campanario, P. (1983) *Dialéctica y empirismo*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana.
- Cockshott, P. y Nieto, M. (2017) *Ciber-comunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*. Madrid: Trotta.
- De Gortari, E. (1970) *El método dialéctico*. México DF: Grijalbo.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985) *El Anti-Edipo*. Barcelona: Paidós.
- Derrida, J. (1972) *Dos ensayos*. Barcelona: Anagrama.
- Engels, F. (1975) *Anti-Düring*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Engels, F. (1978) *Dialéctica de la naturaleza*. Madrid: Akal.
- Foucault, M. (1990) *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- Gintis, H. y Navarro, V. (1975) *Crítica de Ivan Illich*. Barcelona: Anagrama.
- Grupo Crisis (2002) *Manifiesto contra el trabajo*. Barcelona: Virus.
- Haraway, D. (2020) *Manifiesto cibernético*. Madrid: Kaótica.
- Havemann, R. (1967) *Dialéctica sin dogma*. Barcelona: Ariel.
- Hegel, G.W.F. (1975) *Filosofía del derecho*. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hegel, G.W.F. (1982) *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Solar.

- Illich, I. (1978) *La convivencialidad*. Barcelona: Barral.
- Illich, I. (2020) *Némesis médica*. n. l.: Irrecuperables.
- Iñigo Carrera, J. (2013) *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Kosik, K. (1968) *Dialéctica de lo concreto*. México DF: Grijalbo.
- Lévi-Strauss, C. (1987) *Antropología estructural*. Barcelona: Paidós.
- Lukács, G. (2004) *Ontología del ser social. El trabajo*. Editado por A. Infranca y M. Vedda. Buenos Aires: Herramienta.
- Marx, K. (1972) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. (1980) *Teorías de la plusvalía*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1981) “Progreso técnico y desarrollo capitalista (manuscritos 1861-1863)”, *Pasado y presente*, 93, pp. 75–194.
- Marx, K. (2017) *El capital. Crítica de la economía política. 1*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (1983) *Cartas sobre El capital*. La Habana: Editorial Política.
- Marx, K. y Engels, F. (2013) *La sagrada familia*. Madrid: Akal.
- Marx, K. y Engels, F. (2014) *La ideología alemana*. Madrid: Akal.
- Offe, C. (1985) *Disorganised Capitalism*. Cambridge: Polity Press.
- Rifkin, J. (1995) *The End of Work*. New York: Tarcher/Putnam book.
- Rodríguez Rojo, J. (2020a) “Maquinaria, ordenadores y superación del capital. Una aproximación crítica al ciber-comunismo”, *Teknokultura. Revista de cultura digital y movimientos sociales*, 17(2), pp. 113–120.
- Rodríguez Rojo, J. (2020b) “Renta básica, derechos y planificación económica”, *Revista Internacional de Pensamiento Político*, 15, pp. 109–122.
- Rodríguez Rojo, J. (2021a) *Las tareas pendientes de la clase trabajadora. Género, ciudadanía y socialismo*. Barcelona: El viejo topo.
- Rodríguez Rojo, J. (2021b) “Prometeo en Silicon Valley. Tecnología y emancipación más allá de mitos”, en J. González del Pozo y J. Campelo Bermejo (eds) *Las cadenas que amamos. Una panorámica sobre el retroceso de occidente a todos los niveles*. Valladolid: Páramo, pp. 305–328.
- Rodríguez Rojo, J. (2023) *Cuestión de clase. De la crítica de la sociología a la acción política revolucionaria*. Barcelona: Bellaterra.
- Saito, K. (2022) *El capital en la era del antropoceno*. Barcelona: Ediciones B.
- Sartre, J.-P. (1982) “Crítica de la razón dialéctica”, en *Obras completas*. Madrid: Aguilar, pp. 911–1478.

